

# Acompañamiento espiritual en las diversas circunstancias de la vida

*José Luis Gutiérrez*

Octubre de 2011

## *Sumario*

1. Introducción .....	1
2. Dirección espiritual de jóvenes .....	4
a) La infancia.....	4
b) Pubertad y adolescencia.....	6
3. Dirección espiritual de adultos (I) .....	10
a) Consideraciones generales.....	10
b) Algunas situaciones que pueden presentarse .....	11
c) Fenómenos involutivos de la edad.....	13
4. Dirección espiritual de adultos (II): Orientaciones particulares .....	14
a) Novios .....	14
b) Personas casadas .....	16
c) Célibes .....	18
d) Intelectuales y no intelectuales.....	19
e) Personas que ejercen profesiones liberales .....	19

## 1. INTRODUCCIÓN

En la dirección espiritual se ha de tener siempre presente, como punto de partida y como meta última, la llamada universal a la santidad. Sobre ésta, Pablo VI afirmó: «No hay motivo para extrañarse de que, al tratar del misterio de la Iglesia, el Concilio Vaticano II haya puesto en evidencia la nota de la santidad, a la cual están íntimamente unidas todas las demás notas, y haya invitado con insistencia a todos los cristianos, cualquiera que sea su condición, a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; esta llamada a la santidad se ha de considerar como una característica especialísima del magisterio conciliar y como su finalidad última»<sup>1</sup>.

A su vez, Juan Pablo II escribió: «El Concilio Vaticano II ha empleado palabras muy luminosas acerca de la llamada universal a la santidad. Bien se puede afirmar que es precisamente ésta la consigna primaria entregada por un Concilio convocado para promover la renovación evangélica de la vida cristiana a todos los hijos e hijas de la

---

<sup>1</sup> PABLO VI, Motu pr. *Sanctitas clarior*, 19 de marzo de 1969: AAS 61 (1969), pp. 149-150.

Iglesia»<sup>2</sup>. El mismo Romano Pontífice afirmó: «Precisamente la *santidad* es uno de los puntos esenciales –más aún, el primero– del programa que he trazado para el comienzo del nuevo milenio»<sup>3</sup>.

Por esto, se ha de iniciar a todos en la oración confiada y filial, que es siempre diálogo sincero y sencillo con Dios nuestro Padre, en el que se habla y también se escuchan las inspiraciones de la gracia en el fondo del corazón. Conviene enseñar a meditar y contemplar la vida de Jesucristo. Donde no hay oración, la dirección espiritual pierde su eficacia. Por eso, es éste un tema que habrá que tratar de manera habitual. Un aspecto muy importante para progresar en este camino es la confesión frecuente, preferiblemente con aquel con quien se dirigen espiritualmente, si es sacerdote. Al comienzo puede costar un poco a quienes reciben la dirección, pero cuando han entendido bien el valor de este sacramento, les resulta más fácil.

Asimismo se tendrá en cuenta que configurarse a Cristo –en eso consiste la santidad– significa identificarse con Él, no sólo en las disposiciones que se refieren a la propia vida interior y a la conducta, sino también participando en sus ansias de salvar y acercar a Dios a todas las almas. Esa participación debe traducirse en un testimonio continuo de la fe mediante el ejemplo de la propia vida y la palabra. El Concilio Vaticano II enseña: «Por su misma naturaleza, la vocación cristiana es también vocación al apostolado... De un miembro del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, que no contribuya activamente según su condición al crecimiento de ese cuerpo, debe decirse que no aprovecha a la Iglesia ni a sí mismo»<sup>4</sup>. Por eso, desde el primer momento se procurará abrir el horizonte de la persona que recibe la dirección, haciéndole ver que adelantar en el camino de la unión con Dios exige necesariamente que se sienta responsable de acercar al Señor muchas otras almas, sobre todo las de aquellos con los que convive en el ámbito familiar y del trabajo profesional.

Se ha de procurar también que mejoren paralelamente en cada persona los distintos aspectos de una formación integral: formación espiritual, doctrinal (conocimiento de la doctrina de la fe), humana (los valores humanos en la vida personal y social), profesional (con carácter permanente, no sólo como preparación para un trabajo profesional, sino también para mejorar en él y ejercerlo con competencia)<sup>5</sup>. Todos los aspectos son igualmente importantes: si uno se quedase corto, se tamblearía todo el edificio. De todos modos, cabe insistir aquí en la formación doctrinal, para la que el director espiritual tendrá que dar con frecuencia consejos muy concretos, sugiriendo la lectura de libros adaptados a la capacidad y a las circunstancias de cada persona, etc. Será conveniente que tenga a mano una lista de libros que pueda recomendar a cada

---

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, Exh. ap. postsinodal *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988, 16.

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en la Santa Misa del 2 de febrero de 2001*: «L'Osservatore Romano», 4 de febrero de 2001, p. 7. Cf. también Carta apost. *Novo Millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, 30-31.

<sup>4</sup> CONCILIO VATICANO II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, 2.

<sup>5</sup> Cf. *Christifideles laici*, 60.

persona, de acuerdo con el ambiente en que se mueve y sus circunstancias personales de edad, formación previa, capacidad intelectual, etc.

Para desempeñar esta tarea de ayuda a un alma en su camino hacia Dios, se debe tener siempre presente que uno no es el modelo ni el modelador: el modelo es Jesucristo, y el modelador el Espíritu Santo, por medio de la gracia. El que ejerce la dirección espiritual es sólo un instrumento en las manos de Dios, que ayuda con sus consejos para que quien los recibe considere sinceramente en su oración qué es lo que Dios le pide en ese momento, los vea con sus propios ojos y se decida generosamente a ponerlos en práctica. No puede perderse de vista que la gracia no actúa a saltos, sino de manera gradual, en la medida en que la persona va correspondiendo a sus impulsos, por lo que la dirección espiritual consistirá en acompañar a lo largo de ese camino, gradualmente, al compás de la gracia, sin precipitaciones, pero también con una exigencia llena de comprensión.

Sobra decir que siempre se debe respetar la libertad personal, ayudando a las personas a que adquieran un criterio seguro, para que después actúen con libertad y responsabilidad personal. «La tarea de dirección espiritual hay que orientarla no dedicándose a fabricar criaturas que carecen de juicio propio, y que se limitan a ejecutar materialmente lo que otro les dice; por el contrario, la dirección espiritual debe tender a formar personas de criterio. Y el criterio supone madurez, firmeza de convicciones, conocimiento suficiente de la doctrina, delicadeza de espíritu, educación de la voluntad»<sup>6</sup>.

La acción del Espíritu Santo en cada alma no se asemeja a la producción en serie de coches en una gran fábrica, sino que realiza con cada una un trabajo de artesanía. Puede llegar un momento en el que se haya de ayudar a quien recibe la dirección, especialmente a los jóvenes, a que descubra su vocación –al sacerdocio, a un instituto de vida consagrada, al matrimonio, al celibato apostólico, etc.–, pero esto no es sino el comienzo. La vocación –el proyecto de Dios para cada alma– adquiere contornos cada vez más nítidos a lo largo de toda la vida, y se va abriendo ante los ojos de quien recibe la dirección a través de las circunstancias en las que se desenvuelve y de su correspondencia a la gracia. Benedicto XVI enseña: «Cada uno encuentra su propio bien haciendo suyo el proyecto que Dios tiene sobre él, para ponerlo por obra plenamente: encuentra en ese proyecto su verdad y, aceptando esta verdad, se hace libre»<sup>7</sup>.

Quien imparte la dirección espiritual debe comprender a todas las almas que tiene confiadas y conocerlas una a una, con sus equivocaciones, flaquezas y errores, pero también con sus virtudes y posibilidades, que han de encauzar para responder a lo que el Señor les pide. Se tendrá presente, por tanto, que dirigir y acompañar en el camino no

---

<sup>6</sup> SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones*, 93.

<sup>7</sup> BENEDICTO XVI, Enc. *Caritas in veritate*, 29 de junio de 2009, 1.

puede reducirse a escuchar y dar unos consejos, sino que exige pedir luces a Dios para descubrir aquello que el Señor desea de cada alma en ese momento y saber aconsejar de manera oportuna. Por tanto, como Aarón en sus vestiduras<sup>8</sup>, debe llevar sobre sus hombros y sobre su corazón a todas las personas que tratan con él, rezando y sacrificándose por ellas.

La dirección espiritual se ha de impartir siempre con un planteamiento alentador y positivo: crecer en las virtudes más que arrancar defectos; y con optimismo, basado en la gracia de Dios, que nunca falta, y en la buena voluntad de quien recibe la dirección.

Es preciso, en resumen, conocer lo mejor posible a las personas, para poder ayudarlas de acuerdo con sus condiciones particulares, sabiendo aplicar las normas generales –con caridad y comprensión– según las necesidades de cada uno, y teniendo siempre muy presente que la labor de dirección espiritual es de carácter sobrenatural (no se trata, por lo tanto, de hacer psicología). De este modo, se debe estar en condiciones de prevenir la reacción de las almas y prepararlas en consecuencia.

Se recordarán a continuación algunos rasgos comportamentales que suelen acompañar a las personas, por razón de su edad, sexo, condición, etc., y que pueden ser útiles en la labor de dirección espiritual.

## 2. DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE JÓVENES

### *a) La infancia*

Por infancia se entiende el período de la vida que va desde el nacimiento a la pubertad. La edad límite se suele poner hacia los 12 años. Antes de llegar al uso de razón los niños desconocen el alcance moral de sus acciones: hacen depender lo malo y lo bueno del juicio de las personas mayores, de las que reciben un premio o un castigo por lo que han realizado. A partir de los 7 u 8 años aproximadamente –o incluso antes–, comienzan a captar los principios morales y se hacen cargo paulatinamente del alcance moral (objetivo) de sus actos, y de su consiguiente responsabilidad moral<sup>9</sup>. Empiezan a

---

<sup>8</sup> «Tomarás dos piedras de ónice y grabarás sobre ellas los nombres de los hijos de Israel: seis nombres en una piedra y seis en la otra, según el orden de nacimiento. Las tallarás como se tallan las piedras preciosas, grabarás los nombres de los hijos de Israel como se graban los sellos, y las encajarás en engarces de oro. Pondrás las dos piedras en las dos hombreras del efod, como piedras de memorial para los hijos de Israel. Así llevará Aarón sus nombres sobre las dos hombreras como memorial ante el Señor» Ex 28, 9-12, 17-29.

<sup>9</sup> Quien ayuda al crecimiento espiritual de gente muy joven ha de saber que a través del sacramento de la Penitencia se puede ir formando la conciencia de los niños, teniendo presente que en esta fase confunden frecuentemente el error con la culpa, el defecto con el pecado. Aunque no tengan aún formada por completo la conciencia moral, sin embargo suelen ya intuir de modo más o menos claro la bondad o maldad intrínseca de determinadas acciones y, por lo tanto, se les ha de ir explicando los motivos por los que es así. En este sentido, habrá que valorar con prudencia si las mentiras, desobediencias, etc., del niño constituyen realmente pecados, para ayudarle a que se forme la conciencia en estos aspectos.

comprender que las obras son buenas o malas por su objeto moral y también se dan cuenta de la importancia del fin (intención) como otro elemento determinante de la moralidad<sup>10</sup>.

Al formular un juicio dirigido a un niño, conviene que los padres y tutores lo razonen de modo adecuado a su inteligencia, pero con lógica y evitando argumentos que sólo sirvan a la comodidad o a la defensa de la autoridad de los mayores, porque esto podría llevarle a creerse incomprendido o tratado con injusticia.

En esta etapa, la labor de dirección espiritual es fundamentalmente de consejo. De ordinario, en las charlas no hace falta argumentar demasiado las razones, pues basta que lo que se diga sea razonable; por eso, será suficiente dar una sencilla explicación, un motivo para apoyar el consejo. Es importante no perder la confianza, para lo cual convendrá –como detalle práctico– recordar los propósitos concretos de lucha que se han sugerido.

Las conversaciones han de ser cortas –no más de diez minutos–, con indicaciones breves y concretas. Conviene estimular las incipientes virtudes humanas. Como en esta etapa se es más activo que reflexivo, interesará insistir en puntos como el cariño a sus padres y hermanos, la lealtad con sus compañeros de clase, la lucha contra la pereza, en todos los campos –estudio, aseo personal, puntualidad al levantarse, etc.–, y en otras virtudes como la sinceridad, fortaleza y constancia, generosidad, exigencia personal, etc., proponiéndoles siempre un motivo sobrenatural acomodado a su capacidad intelectual –por ejemplo, una intención apostólica, las misiones, etc.–, de tal modo que vayan descubriendo el mundo sobrenatural y la vida de piedad.

Éste es un tema que también conviene tratar con los padres: la importancia de la oración en familia, procurando que lo hagan también los hijos en la medida de su edad; enseñar a los hijos –sobre todo con el ejemplo– a rezar y acudir a Dios. Suele ser una gran ayuda que los padres les faciliten rezar las oraciones acostumbradas –de la mañana, de la noche, etc.–, enseñándoles a emplear algún recurso sencillo para no olvidarse: por ejemplo, tomar como recordatorio una imagen de la Virgen Santísima que haya en su habitación; y que lo hagan con sencillez y piedad, sabiendo que Dios es nuestro Padre y que, al rezar, se están dirigiendo a Jesús, a la Virgen Santísima, a los Ángeles Custodios, etc.

---

<sup>10</sup> Sobre la valoración de algunas conductas de los niños, se puede señalar, por ejemplo, lo siguiente: antes de los 7 años las mentiras no suelen ser auténticas, y de ordinario no deben valorarse con los criterios aplicables a un adulto. Los niños mienten frecuentemente para causar admiración, otras veces llevados por su fantasía, por juego o por escapar de un peligro o un castigo. Si las mentiras fueran muy frecuentes, se podría considerar la posibilidad de un trastorno de adaptación. Las desobediencias surgen por diversos motivos, también porque los adultos coartan demasiado su espontaneidad: es lo que sucede a veces, por ejemplo, con los padres y madres “superprotectores” que, con su excesivo control, provocan en el niño una reacción de rechazo.

Sin duda, el papel de los padres es fundamental en la enseñanza de la doctrina cristiana a sus hijos, incluso ayudándoles ellos mismos a estudiar el Catecismo. Lógicamente, esto es todavía más importante si ese aspecto se descuida o se hace de modo incorrecto en la escuela.

Respecto a la virtud de la pureza conviene ser muy prudentes: es preferible no preguntar por esto a los niños antes de los diez u once años, si no hay una fundada sospecha <sup>11</sup>.

#### *b) Pubertad y adolescencia*

La pubertad es la etapa del desarrollo que sigue a la infancia. Los cambios de orden físico más importantes dependen del inicio de las funciones sexuales, y comprenden la aparición de los caracteres sexuales secundarios. Respecto a los cambios psicológicos, que acompañan a los anteriores, el niño, con el crecimiento en fuerza física, crece también en sentimiento de masculinidad, en coraje, valentía, etc.; a la vez aparece una cierta ansiedad e inseguridad por los procesos que está sufriendo, por las posibilidades que le abre el mundo, y una inestabilidad de carácter muy acentuada. En las chicas la pubertad tiene otro tono. La aparición de la menstruación y sus alteraciones psicológicas les provocan con cierta frecuencia reacciones de rechazo, momentos de rebeldía, o estados de depresión, y se hacen más reservadas, vergonzosas, y empiezan a guardar sus «secretos». Habitualmente, esta etapa es fácilmente superada.

La pubertad da paso a la adolescencia, que presenta como nota bastante característica la tendencia a extremar las actitudes. Así, por ejemplo, los jóvenes tienen manifestaciones de egoísmo y, a la vez, son capaces de sacrificarse y entregarse por un ideal con una gran fuerza e ilusión, pero también con la falta de madurez y amor profundo que se dan en una persona mayor. Los adolescentes establecen relaciones afectivas ardientes, pero con poca consistencia, que pueden romperse con la misma facilidad con que se iniciaron. Con frecuencia, les resulta difícil adquirir un compromiso para toda la vida y permanecer en él. Se lanzan a la vida de relación, pero conservando un cierto deseo de soledad. Denotan, en ocasiones, detalles que manifiestan intereses materiales pero, a la vez, están abiertos a grandes ideales. Pueden pasar del optimismo más ingenuo a un pesimismo también sin base real.

Muchas cualidades positivas que se encuentran en la gente joven –magnanimidad, desprendimiento, optimismo, capacidad de amar–, se han de poner a prueba con el transcurso del tiempo: a veces, son desprendidos porque no saben lo que cuesta ganar

---

<sup>11</sup> En los niños las dificultades en esta virtud suelen presentarse en el terreno de los actos, realizados a veces por juego, o por inducción de una persona mayor, o por imitación de cosas que han visto, o por curiosidad; puede ocurrir que suceda con otros niños de su mismo sexo –el significado es distinto que en los mayores–, compañeros de juegos o parientes. En esa edad es posible prevenir los malos hábitos que esas acciones pueden originar.

las cosas, o confiados y optimistas porque aún no han sufrido contrariedades de ningún tipo, o esperanzados porque toda la vida se les presenta llena de posibilidades: «La juventud ha tenido siempre una gran capacidad de entusiasmo por todas las cosas grandes, por los ideales elevados, por todo lo que es auténtico»<sup>12</sup>.

El adolescente pretende a veces colocarse como igual entre sus mayores y además se siente en cierto modo diverso de ellos: quiere sorprenderlos y sobrepasarlos transformando el mundo. De ahí que sus planes estén llenos de sentimientos generosos, proyectos altruistas y, a la vez, puedan resultar inquietantes por su megalomanía y su egocentrismo inconscientes. Con frecuencia se descubre una mezcla de abnegación por la humanidad con un egotismo muy marcado.

Por todo lo anterior, no es acertado considerar que la adolescencia se define exclusivamente por el aparecer del instinto sexual, aunque también en este terreno habrá que orientar a los jóvenes. El adolescente descubre asimismo el amor, como capacidad de darse y como sentimiento, pero ese descubrimiento es parte de todo un sistema de ideales amplio.

Hay que inculcarles desde el primer momento un gran amor a la sinceridad, que no tengan vergüenza de manifestar algo que quizá les intranquiliza en algún momento, pero les cuesta hacerlo.

La lucha en materia de pureza debe plantearse de modo positivo y a la vez realístico. Es normal que haya tentaciones, que se quisiera no tener y que a veces producen vergüenza<sup>13</sup>, pero la gracia de Dios ayuda siempre a vencerlas, si se ponen los medios convenientes: oración, mortificación para custodiar la vista y para no entretener los pensamientos que puedan presentarse. No es pecado experimentar tentaciones, siempre que no se hayan buscado, sino consentir. De todas formas, hay que estar atentos para que, en el momento oportuno, cuando la dirección espiritual ha adquirido una cierta estabilidad, vean sinceramente si ha habido en el pasado hechos o situaciones que tratan de relegar al olvido, pero que pueden haber dejado huellas y ser causa de inclinaciones o de tentaciones fuertes.

---

<sup>12</sup> SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones*, 101. Lo contrario sucede a veces con personas adultas, que encuentran más dificultades para practicar la magnanimidad, el optimismo, el desprendimiento, etc., precisamente por haberse tenido que enfrentar, a lo largo de su vida, con experiencias poco positivas en ese terreno.

<sup>13</sup> Tal caso se podría dar, por ejemplo, cuando hay una fuerte inclinación del corazón ante una persona del mismo sexo, que en la inmensa mayoría de los casos, no suele indicar nada anormal. En estos casos, se debe tranquilizar al interesado, aclarándole que eso no supone una anomalía y aconsejándole que procure no darle importancia y trate por igual a todos sus compañeros, sin preferencias hacia uno u otro. Lógicamente, si hubiese una clara tendencia desordenada, porque lleva a actos concretos, o porque se producen reacciones desproporcionadas ante estímulos normales, y hubiera manifestaciones de inestabilidad psicológica, habría que aconsejar la consulta de un médico de buen criterio.

Durante este período no hay que inquietarse por las aparentes extravagancias y desequilibrios de los adolescentes: el trabajo profesional, una vez superadas las últimas crisis de adaptación, restablece el equilibrio, y marca así definitivamente el acceso a la edad adulta.

En esta etapa, los padres deben tratar de comprender muchas de las actitudes de sus hijos que, en ocasiones, son meramente circunstanciales, sin olvidar nunca que «es perfectamente comprensible y natural que los jóvenes y los mayores vean las cosas de modo distinto: ha ocurrido siempre. Lo sorprendente sería que un adolescente pensara de la misma manera que una persona madura. Todos hemos sentido movimientos de rebeldía hacia nuestros mayores, cuando comenzábamos a formar con autonomía nuestro criterio»<sup>14</sup>. Lo importante es, en cambio, que los padres presten atención a los problemas de fondo y a la formación de los hijos.

En la dirección espiritual, conviene empezar desde la base, asegurándose de que asimilan bien los principios de la vida espiritual. Paralelamente, es necesario transmitirles la doctrina clara, sencilla y práctica sobre la vida de la gracia, la humildad y la correspondencia al Señor, el pecado, la lucha cristiana, los Mandamientos de la Ley de Dios, los sacramentos –valor, necesidad, condiciones para recibirlos bien–, la vida de oración, la piedad, y los aspectos centrales de la vida cristiana: filiación divina, caridad, sinceridad, trabajo, apostolado.

Se debe proporcionar a los adolescentes, desde el principio, los medios sobrenaturales que les ayuden a vencer en la lucha ascética –oración, frecuencia de sacramentos, etc.– y a cultivar las virtudes sobrenaturales y humanas. Se les debe hablar de trabajo serio, poniendo a Cristo como modelo, ayudándoles a encauzar rectamente su idealismo y afán reformador, y enseñándoles el valor del trabajo y su importancia en la vida cristiana y en la resolución de muchos problemas humanos. Por eso, se ha de inculcar en los jóvenes un gran sentido de responsabilidad, haciéndoles ver la obligación grave que tienen de estudiar o de trabajar, y de santificarse en el cumplimiento de ese deber fundamental. De este modo se fomentan en ellos las virtudes humanas, base necesaria para cultivar las virtudes sobrenaturales.

Conviene hacerles ver que la dirección espiritual se encamina precisamente a adquirir la verdadera libertad, que no se puede encontrar viviendo al margen de Dios.

Hay que mostrarles también la necesidad de profundizar en el conocimiento de la fe –aconsejándoles lecturas adaptadas a sus circunstancias–, a la vez que avanzan en el conocimiento de otras ciencias. Deben adquirir un criterio recto, para que después actúen con verdadera libertad y responsabilidad personal, que no existen al margen de Dios. Además, conviene que el director espiritual les inculque un gran amor a la sinceridad y a la verdad en su vida entera y en sus conversaciones con él: son virtudes

---

<sup>14</sup> SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones*, 100.



por las que se sienten particularmente atraídos, aunque muchas veces no distinguen exactamente sus manifestaciones auténticas.

Constantemente hay que tener presente la meta a la que deben tender los esfuerzos de todos los cristianos: conocer y amar al Señor. «He visto con alegría cómo prende en la juventud –en la de hoy como en la de hace cuarenta años– la piedad cristiana, cuando la contemplan hecha vida sincera; cuando entienden que hacer oración es hablar con el Señor como se habla con un padre, con un amigo: sin anonimato, con un trato personal, en una conversación de tú a tú; cuando se procura que resuenen en sus almas aquellas palabras de Jesucristo, que son una invitación al encuentro confiado: *vos autem dixi amicos (Jn 15,15)*, os he llamado amigos; cuando se hace una llamada fuerte a su fe, para que vean que el Señor es el mismo *ayer y hoy y siempre (Hb 13,8)*»<sup>15</sup>.

Asimismo han de comprender el valor sobrenatural de servir a los demás por amor de Dios; así se les ayuda a salir del posible egocentrismo –más o menos inconsciente– que algunos jóvenes pueden tener, y se les muestra el camino auténtico de la solidaridad con los demás, que no se queda únicamente en manifestaciones orales o escritas. San Josemaría afirmaba: «Yo la solidaridad la mido por obras de servicio»<sup>16</sup>.

Hay que elevar también al plano sobrenatural los ideales humanos que los chicos tienen, haciéndoles comprender que son instrumentos de Dios y que han de prepararse en su vida interior del mejor modo posible.

Necesitan espíritu de sacrificio para alcanzar la meta sobrenatural que se ha indicado y otros ideales humanos que están siempre en función de aquella meta. Siempre con esperanza y optimismo para saber encontrar a Dios en los distintos caminos que la vida les ofrece. En este sentido, conviene llevarles de lo *exterior* (el cumplimiento del horario, el estudio, etc.) a lo *interior* (el amor a Dios, la fraternidad cristiana, etc.), aunque tal proceso quizá no sea explícito para ellos. No obstante, siguiendo metas concretas -a veces con plazos breves- irán madurando en su vida cristiana.

Por tanto, es preciso aprovechar todas las buenas cualidades de la gente joven para infundirles un fuerte ideal sobrenatural y, sobre esta base, hacerles comprender el valor que tienen las realidades humanas como lugar de encuentro con Dios.

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, 102.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 75.

### 3. DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE ADULTOS (I)

#### *a) Consideraciones generales*

En rigor, la madurez no se identifica con una edad determinada –aunque de ordinario se consiga con el paso de los años–, ni con la simple perfección que puede alcanzar una persona, desde un punto de vista exclusivamente humano, en algún aspecto particular. Si se considera en toda su profundidad, la madurez es consecuencia del desarrollo pleno y armónico de todas las capacidades de la persona; por tanto, en el concepto de madurez han de estar presentes las virtudes sobrenaturales –teológicas y morales que acompañan a la gracia divina– y, al mismo tiempo, las virtudes humanas.

Puede decirse que una persona madura sabrá juzgar de los acontecimientos y de las demás personas con visión sobrenatural y con mesura, con serenidad, objetivamente; y estará en condiciones de querer y obrar con criterio, libre y responsablemente. El sentido sobrenatural hará que las decisiones de todo tipo se tomen de acuerdo con el orden querido por Dios y, en consecuencia, aparecerá la unidad de vida que es característica primordial de la madurez: saber integrar todo en función de lo que ocupa un lugar central en la vida y tiene un valor permanente. La madurez lleva consigo la mensura, la serenidad, la fortaleza y el sentido de responsabilidad.

Otras manifestaciones propias de la madurez son: capacidad de adaptación a las circunstancias, sabiendo ceder y transigir en lo accesorio o en cosas de suyo intrascendentes; y viceversa, fortaleza para mantener firmemente –aun en contra de opiniones de moda y de «lugares comunes»– aquellas convicciones fundadas en verdades permanentes y fines rectos; el equilibrio interior de la persona, con orden y armonía en el terreno afectivo, de relaciones con los demás; la perfecta conjunción en el ejercicio de la libertad y responsabilidad personales.

A esa edad se adquiere un juicio más ponderado y sereno. Una persona madura se considera a sí misma con realismo, admite sus limitaciones, distingue lo que es pura posibilidad de lo que es ya conquista efectiva; al mismo tiempo, se juzgan los acontecimientos con mayor profundidad y objetividad: sabe lo que quiere y lo que puede. Y de ahí nace un equilibrio espiritual y emocional –madurez en la afectividad–, que canaliza las inclinaciones naturales y las pone al servicio de la voluntad. Se está, así, en condiciones de querer y de obrar con criterio, libre y responsablemente, aceptando las consecuencias de los actos.

En una personalidad madura y bien formada se da una unidad e integración de las múltiples experiencias de la vida, integración que sostiene la gracia cuando hay sentido sobrenatural. La madurez coloca a la persona en un estado de sana objetividad, ajena al sentimentalismo que frecuentemente lleva a confundir la felicidad verdadera con el bienestar.

Aunque se hayan superado problemas básicos de la adolescencia, hay peligros propios de esta otra edad: puede perderse en parte –si se descuida la lucha por avanzar– la virtud de la generosidad y abrirse paso el egoísmo y la comodidad que se presentan de diversas formas; por ejemplo, puede costar más aceptar los consejos personales dirigidos a superar los defectos, como algo práctico y vital, aunque se acepten fácilmente en el plano teórico. En este período, es necesario que las personas profundicen seriamente en el sentido sobrenatural de lo que hacen, aunque sea una labor oculta y sin brillo humano.

Los problemas en la edad adulta suelen ser más reales y objetivos que en la juventud, tanto en el terreno familiar como en el social y profesional.

Quizá el caso más grave sea el del «adulto menor de edad». Si se diera esa situación, en la dirección espiritual habría que mostrar al interesado la necesidad ineludible de un trabajo serio –muchas veces bastará conseguir esta sola meta para solucionar el problema de fondo–, y ver si existen otras posibles causas o problemas de épocas anteriores –mala formación en la libertad y responsabilidad, timidez, etc.– que hayan dado origen a ese estado anormal. En esos casos, además de recurrir a la oración y a la mortificación, hay que ayudar a quien recibe la dirección a enfrentarse sinceramente consigo mismo, para ver cuáles son sus relaciones con Dios, con la propia familia y con quienes pertenecen a su ámbito social; también deberá considerar cómo desempeña su trabajo profesional. En general, los consejos que se le den deben orientarse a que salga de sí mismo y del pequeño mundo que ha creado a su alrededor y procure con generosidad tener presente el bien y la alegría de los demás.

#### *b) Algunas situaciones que pueden presentarse*

Cuando una persona ha comenzado un camino de oración, es corriente que llegue un momento en el que experimenta cierta “aridez”. Se hacen más esporádicos los “descubrimientos” y las “luces” que iba recibiendo y entra en una fase de monotonía aparente y de poco gusto. Hay que tranquilizar a quien se encuentra en esa situación, haciéndole ver que es normal y debe perseverar, sin darle importancia: lo que cuenta es seguir adelante en el diálogo con Dios, que nos escucha siempre, quizá ayudándose con un libro que proporcione materia para la meditación y para conversar con el Señor. Sobre todo en personas de una cierta edad, puede suceder también que afirmen –así suelen expresarse– que están perdiendo la fe, porque no les acompañan en su oración, vocal o mental, el fervor y la atención con que rezaban antes. Hay que asegurarles, repitiéndoselo frecuentemente en muchos casos, que no ha disminuido su fe, sino sólo el sentimiento, sin culpa por su parte; y animarles a que continúen con sus prácticas de piedad, con la certeza de que su oración vale mucho ante Dios si, con buena voluntad, tratan de poner los medios para hablar con Él y evitar las distracciones en la medida de lo posible.

También puede suceder que alguien exprese preocupación por pensar que tiene dudas de fe. Por ejemplo, porque le asaltan pensamientos sobre cómo Dios permite situaciones de injusticia en el mundo, o el sufrimiento de una persona querida, o le parecen intransigentes algunas enseñanzas de la Iglesia en materia moral, aunque no las rechaza. En los casos así descritos, hay que tranquilizar a la persona que plantea esas “dudas” y hacerle ver que, aunque no alcance con su razonamiento a comprenderlas del todo, no por eso sufre menoscabo su fe ni debe obsesionarse: basta que acepte con sencillez el contenido de la fe, como lo enseña la Iglesia, y procure no dar vueltas a esos pensamientos.

Puede asimismo crearse una situación de replanteamiento de toda la vida anterior cuando, después de abrirse paso con esfuerzo, alrededor de los treinta años, una persona ha conseguido colocarse y establecerse. De modo general, en esta situación influye la autonomía personal definitivamente conquistada, el choque de los ideales que acariciaba con la realidad presente y, especialmente, la capacidad crítica plenamente desarrollada, que no tiene el contraste de una autoridad o regla a la que se sometía antes. Así, puede suceder que esa capacidad crítica se manifieste primero en la comparación con los demás, sobrevalorando las metas alcanzadas por los compañeros de profesión, dando lugar a la envidia y al resentimiento. También cabe la posibilidad de una autocrítica personal, analizando y midiendo los principios morales y sociales que antes se aceptaban. Esto puede llevar –si se encauza rectamente– a un mayor sentido de responsabilidad, pero podría tener también un efecto negativo si no se ataja.

También sucede a veces que, en torno a los cuarenta años, se pase por momentos de crisis. En el hombre, si atraviesa por esta dificultad, suele ser más de carácter psicológico que somático. En la mujer se acompaña de signos fisiológicos evidentes, aunque también haya algún componente psíquico. Puede aparecer entonces la que san Josemaría llamaba *mística ojalatera*<sup>17</sup>, «hecha de ensueños vanos y de falsos idealismos: ¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esa profesión, ojalá tuviera más salud, o menos años, o más tiempo!»<sup>18</sup>; y, junto a eso, un cambio de carácter, quizá una preocupación excesiva por la salud y una cierta pérdida de interés por el trabajo que se ha ido desempeñando hasta entonces. Hay una actitud de balance: hasta ese momento, en lo físico y en lo intelectual, se iba creciendo, pero se comienza a experimentar una sensación de declive humano.

También puede producirse un cierto deseo de experimentar aquello que, si antes no se ha vivido, se tiene la seguridad de que ya no se realizará jamás; como consecuencia, pueden presentarse tentaciones contra la castidad que hasta ese momento no se habían tenido, o tentaciones antiguas, con formas nuevas más retorcidas.

---

<sup>17</sup> Juego de palabras entre “¡ojalá!” y “hojalata”.

<sup>18</sup> SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones*, 88. Cf. n. 116.

Al lado de estos elementos, hay otros de carácter positivo: a esa edad se adquiere un juicio más ponderado y sereno; se juzgan los acontecimientos con más profundidad y objetividad.

Un peligro para hombres jubilados –las mujeres encuentran con más facilidad un modo de ocupar su tiempo en las tareas de la casa– es el de encontrarse sin nada que hacer, considerar que la vida ya no les depara nada y sumirse en una situación de abandono, llenando su jornada, por ejemplo, con la televisión. La sensación de haber cumplido su tarea y no tener ya nada que aportar lleva fácilmente al egoísmo y a la comodidad y a mantener un ritmo cansino en la oración. Es estos casos puede suceder también que guarden poco la vista o entretengan pensamientos contra la castidad, justificándolo como cosas de poca importancia, puesto que, en su edad y situación, no “hacen” (en el sentido de realizar actos externos) nada malo. Al ayudar a estas personas –además de formarles la conciencia–, hay que hacerles ver que su vida no ha dejado de ser útil y es mucho lo que pueden hacer, animándoles a pensar cómo pueden dar un sentido a su tiempo, utilizándolo para bien suyo y de los demás.

Ha de quedar claro que las situaciones que acabamos de describir no tienen necesariamente por qué darse y, de hecho, en bastantes casos no aparecen. En una personalidad madura y bien formada se da una unidad e integración de las múltiples experiencias de la vida, integración sostenida fuertemente cuando hay sentido sobrenatural.

### *c) Fenómenos involutivos de la edad*

La menopausia es un proceso fisiológico involutivo que se da en la mujer, hacia los 45 ó 50 años, caracterizado por un conjunto de alteraciones en su organismo, determinantes del cese de la ovulación, con la consiguiente desaparición de la menstruación, y acompañado de molestias reales: fatiga, dolores varios, irritabilidad, tendencia a la depresión y a la melancolía, etc. Hay un declinar de cierto tipo de funciones, a las que pueden añadirse manifestaciones somáticas de cierta *virilización*; teniendo en cuenta la importancia que la mujer da a su aspecto físico, este hecho juega un papel importante.

Las mujeres casadas pueden sentirse en condiciones de inferioridad respecto al marido, por no tener ya posibilidad de procrear, pues en el varón esa capacidad dura muchos más años que en la mujer.

Los trastornos psíquicos producidos por la menopausia suelen ser pasajeros; aunque algunas veces pueden llegar a requerir tratamiento médico, normalmente se superan con medios ascéticos, descanso y alguna medicación sumaria. Lo normal es que la mujer se adapte a esta nueva situación, aun después de un período particularmente susceptible y hostil frente a su ambiente habitual.

Por otra parte, ese período en la mujer ofrece también un sentido muy positivo: la mayor madurez alcanzada a esa edad, que permite cumplir mejor otras funciones e ideales.

En el hombre la involución no ofrece un momento tan marcado, pero todo el que entra en ese período ha de reajustar su espíritu a esa situación. Hay que darle un sentido positivo: el de una vida madura, más ponderada y serena, con la eficacia de la experiencia.

Dentro de la mayor comprensión y respeto, conviene mantener en todos esos casos una actitud de exigencia, a la vez que se anima, con consejos sobrenaturales, a las personas que presentan esas situaciones momentáneas.

#### 4. DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE ADULTOS (II): ORIENTACIONES PARTICULARES

##### *a) Novios*<sup>19</sup>

El noviazgo forma parte del camino de santidad de muchos y no debe considerarse una mera situación de paso. Los novios han de buscar su santidad también en cuanto novios: en el trato, lleno de afecto y de respeto, entre dos personas que se están preparando para unir indisolublemente sus vidas, y serán respectivamente padre o madre de los hijos que nazcan de esa unión. Los consejos en la dirección espiritual habrán de orientarles para que ambos busquen el bien y la alegría del otro, prescindiendo tantas veces de los propios gustos y preferencias personales. Han de pensar uno en otro, como preparación, si llegan al matrimonio, para el momento en que sus pensamientos se fundirán en uno, para conjugar el “nosotros” de su unión y de la prole que reciban.

Desde esta perspectiva –y como un aspecto que se les presenta quizá por primera vez–, también habrá que orientarles en los temas relacionados con la virtud de la castidad en sus relaciones mutuas. En este sentido, es importante que comprendan que las manifestaciones de afecto no pueden depender solo de los sentimientos, sino más bien de la situación objetiva que hay entre los novios.

Concretamente, hay manifestaciones afectivas que pueden seguir lícitamente al establecimiento de un compromiso en orden al matrimonio, como expresión suya, pero que no tendrían justificación moral si lo precedieran, porque en este caso constituirían –de modo más o menos consciente y explícito, y más o menos grave– una provocación de carácter sexual. En el trato entre colegas de trabajo, o compañeros y compañeras de clase, o de un grupo de amigos que simplemente se conocen o se tratan para conocerse mejor, es evidente que las demostraciones externas de confianza han de ser las propias de la buena educación o de la cortesía, pero de ningún modo iguales o semejantes a las

---

<sup>19</sup> Cf., también, M. DÍAZ, *Noviazgo y matrimonio*, en [www.collationes.org](http://www.collationes.org).

que pueden ser apropiadas entre personas que ya tienen un compromiso recíproco en orden al matrimonio.

Un caso frecuente de falta de criterio en este aspecto, es la justificación de lo que en algunos lugares se designa con el nombre de *flirt*: el trato pasajero entre un chico y una chica sin intención de comprometerse establemente, pero comportándose –por unas horas o por una temporada– como si lo estuvieran. Es obvio que la misma irresponsabilidad que caracteriza a esas relaciones, impulsa a quienes las mantienen a prescindir de cualquier norma moral. Pero además, no hay que olvidar que si se llega a actos de lujuria directamente querida, no cabe en ellos parvedad de materia. No es cuestión, pues, de simple ligereza sin graves consecuencias –de sexualidad *light* o *soft*, como dicen algunos–: son acciones graves contra la virtud de la castidad.

Hay que tener en cuenta que el mutuo compromiso que mira al matrimonio, por su misma naturaleza, no es idéntico desde el principio hasta el final, sino que sigue un proceso de maduración. Por ejemplo, es distinto el caso de quienes –por las circunstancias en que se encuentran– saben que aún deberá trascurrir bastante tiempo, años, hasta llegar al matrimonio, del caso de quienes se encuentran en preparación próxima para contraerlo. En consecuencia, tampoco puede ser igual la conducta externa en las diversas situaciones.

La prudencia cristiana recomienda no prolongar excesivamente la duración del compromiso previo al matrimonio. Generalmente bastará un período más o menos largo de trato para lograr un conocimiento recíproco suficiente en orden a contraer matrimonio. Por tanto, en ese tiempo, las manifestaciones de confianza que resultan adecuadas se miden con los cánones propios de la amistad en general, no con los del compromiso de matrimonio.

Es frecuente, sobre todo en el caso de personas bastante jóvenes, que deseen establecer muy pronto un compromiso de este tipo, porque confunden la convicción subjetiva de la seriedad de sus intenciones con la realidad objetiva de la situación en que se encuentran. En estos casos puede suceder que, aun queriendo excluir comportamientos que son ocasión próxima de pecado, piensen equivocadamente que la firmeza de su decisión les autoriza a tener expresiones de confianza y de afecto más íntimas que las que son propias de una sólida amistad. Permitirse tales manifestaciones cuando prevén una larga permanencia en esa situación, es una imprudencia seria, pues se habitúan a un tipo de trato que les expone a tentaciones graves. «Los *novios* están llamados a vivir la castidad en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las

manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad»<sup>20</sup>.

*b) Personas casadas*<sup>21</sup>

«Es importante que los esposos adquieran sentido claro de la dignidad de su vocación, que sepan que han sido llamados por Dios a llegar al amor divino también a través del amor humano; que han sido elegidos, desde la eternidad, para cooperar con el poder creador de Dios en la procreación y después en la educación de los hijos; que el Señor les pide que hagan, de su hogar y de su vida familiar entera, un testimonio de todas las virtudes cristianas»<sup>22</sup>.

Hay que ayudarles siempre a que profundicen en el contenido de su vocación matrimonial. Que se den cuenta de que la familia es un ámbito privilegiado de su propia santificación y de que el tiempo mejor empleado es el que se dedica a la familia. Suele suceder que regresan a casa cansados, y han de darse cuenta de que ése –el de estar en familia– es uno de los momentos más importantes y de mayor entrega de la jornada. Compartir la propia vida con el otro cónyuge y con los hijos, participar en su vida ordinaria y en sus problemas; en pocas palabras, crear un ambiente de hogar cristiano unido y alegre: «La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria. Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata»<sup>23</sup>. Se les puede sugerir que mediten con frecuencia la vida de la Sagrada Familia de Nazaret.

Cada miembro de la familia necesita a todos los demás. Puede suceder que se trabaje mucho –quizá demasiadas horas– para proporcionar a la familia un bienestar material, con frecuencia excesivo y deformador, con menoscabo de lo esencial: vivir en familia. Hay que tener en cuenta que los hijos necesitan y quieren tener un padre y una madre, más que un cheque abultado para sus gastos superfluos. La preocupación por dedicar a la familia el tiempo conveniente ha de tratarse con frecuencia en la dirección espiritual.

Los cónyuges han de quererse entre sí –y han de querer a sus hijos– con los defectos de cada uno. Nadie puede pretender que los demás tengan sus mismos gustos y

---

<sup>20</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2350.

<sup>21</sup> Cf., también, M. DÍAZ, *Noviazgo y matrimonio*, en [www.collationes.org](http://www.collationes.org).

<sup>22</sup> SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones*, 93.

<sup>23</sup> SAN JOSEMARÍA, *El matrimonio, vocación cristiana*, en *Es Cristo que pasa*, 23.



preferencias, encerrándose en un caparazón de egoísmo. Querer de verdad lleva consigo aceptar a los demás como son, sin quejas, que denotan un fallo en el amor.

La capacidad de procrear cesa en la mujer antes que en el hombre y disminuye en ella el impulso hacia la unión propia de los cónyuges. Puede darse el caso de que la mujer deje de pedir esa unión, e incluso sugiera a su marido la posibilidad de prescindir de ella. Es éste un tema muy delicado, en el que la función del director espiritual se ha de realizar con gran prudencia, también porque no es corriente que ellas o ellos mencionen este aspecto, y el respeto exige que una posible pregunta se haga sólo cuando parece estrictamente imprescindible a la luz de lo que manifiesta quien recibe la dirección espiritual. Esa unión ha de estar siempre abierta a la llegada de nuevos hijos, pero no es ésta su única finalidad, ya que es un punto firme en el que se apoya la vida matrimonial. San Josemaría afirma: «aseguro a los esposos que no han de tener miedo a expresar el cariño: al contrario, porque esa inclinación es la base de su vida familiar»<sup>24</sup>. Además, se ha de tener en cuenta que, en el hombre, ese instinto dura mucho más tiempo y, si viera rechazo o desinterés por parte de su esposa, podría verse expuesto a la tentación de buscar compensaciones de otro tipo. Añade san Josemaría: «Recordad con el proverbio que la mujer compuesta saca al hombre de otra puerta: es siempre actual el deber de aparecer amables como cuando erais novias, deber de justicia, porque pertenecéis a vuestro marido; y él no ha de olvidar lo mismo, que es vuestro y que conserva la obligación de ser durante toda la vida afectuoso como un novio»<sup>25</sup>.

Aunque hoy es corriente que tanto el marido como la mujer realicen un trabajo profesional, es necesario que el hombre tenga en cuenta, siempre según las circunstancias de los distintos países, el sacrificio que comporta para su mujer la atención del hogar: las labores de la casa en los servicios más dispares, con escasos momentos de reposo, y muchas veces con falta de tiempo que dificulta el cultivo de un posible y deseable interés cultural. El esposo no puede olvidar que la atención de los hijos recae –en bastantes aspectos– sobre su mujer, que ha de soportar con frecuencia pretensiones de unos y de otros no siempre justas. Además, ser padre de familia no se reduce sólo al factor económico y, por tanto, el marido debe ocuparse de los restantes aspectos del hogar: la vida familiar, la educación de los hijos –que ha de ser el *primer negocio*–, que no puede quedar al cuidado exclusivo de la mujer o del colegio; el descanso de la mujer o de los hijos, etc. Por ejemplo, el marido no puede considerar como un deshonor ayudar a su mujer en los trabajos domésticos, y más aún si tienen varios hijos y no hay una empleada del hogar.

Al marido hay que insistirle en que «el amor a la esposa madre y el amor a los hijos son para el hombre el camino natural para la comprensión y la realización de su

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, 25.

<sup>25</sup> *Ibidem*, 26.

paternidad»<sup>26</sup>. Debe dedicarles tiempo y poner empeño para quererlos con obras: «Sobre todo, donde las condiciones sociales y culturales inducen fácilmente al padre a un cierto desinterés respecto de la familia o bien a una presencia menor en la acción educativa, es necesario esforzarse para que se recupere socialmente la convicción de que el puesto y la función del padre en y por la familia son de una importancia única e insustituible. Como la experiencia enseña, la ausencia del padre provoca desequilibrios psicológicos y morales, además de dificultades notables en las relaciones familiares»<sup>27</sup>. Por eso, el marido ha de ver en el trabajo profesional un medio de santidad y de edificación cristiana del orden social, y fuente de sustento para su familia, nunca un trampolín de afirmación personal en detrimento de la dedicación a su casa.

En la dirección espiritual habrá que insistir en este consejo de san Josemaría: «Digo constantemente, a los que han sido llamados por Dios a formar un hogar, que se quieran siempre, que se quieran con el amor ilusionado que se tuvieron cuando eran novios. Pobre concepto tiene del matrimonio –que es un sacramento, un ideal y una vocación–, el que piensa que el amor se acaba cuando empiezan las penas y los contratiempos, que la vida lleva siempre consigo. Es entonces cuando el cariño se enreca»<sup>28</sup>.

A veces convendrá advertir a la esposa del posible peligro de idealizar excesivamente al marido: sus dotes, capacidad de iniciativa, etc.; porque cuando esa imagen falsa del esposo se derrumbe con el paso de los años, la repercusión le puede afectar fuertemente.

La mujer ha de participar en las preocupaciones profesionales del marido –que, no rara vez, son ocasión de malhumor o cansancio–, para animarle con su comprensión y ayuda. *Conquistar* cada día al marido: arreglo personal, esmero en preparación de la comida y de los demás detalles del hogar, afecto.

No puede dejarse de lado que hay matrimonios a los que el Señor no concede hijos. Hay que ayudarles a ver que Dios les pide que se sigan queriendo con igual cariño, no se dejen abatir y, ya que disponen de más tiempo, dediquen sus energías, en la medida de lo posible, a actividades en beneficio de otras almas.

### c) Célibes

Se trata aquí de personas célibes adultas que se encuentran en esa situación por causas diversas. Unas, voluntariamente, aunque no haya mediado un motivo sobrenatural, por ejemplo: cuidar de sus padres o de otros parientes. En otras ocasiones, circunstancias no buscadas ni deseadas les han impedido encontrar con quien casarse.

---

<sup>26</sup> JUAN PABLO II, Exh. ap. *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, 25.

<sup>27</sup> *Ibidem*.

<sup>28</sup> *Conversaciones*, 91.

Sin embargo, también hay célibes que han permanecido en ese estado por carecer de cualidades que les permitirían afrontar bien la vida conyugal: carácter tímido, retraído o egoísta, poco apto para la convivencia, etc.

Y no faltan hombres y mujeres voluntariamente célibes que han llenado de sentido positivo su vida, dedicándose también con generosidad y visión sobrenatural a colaborar en empresas apostólicas.

A las personas que han permanecido célibes habrá que hacerles ver que sus circunstancias les permiten grandes posibilidades de actuación y ayuda a los demás, y facilitarles en la medida de lo posible los medios espirituales para que afronten con visión sobrenatural su situación.

Conviene tener en cuenta que para esas personas la afectividad no correspondida –la tendencia a amar, connatural al hombre y a la mujer– puede constituir un problema fundamental, y es preciso encauzarla de modo positivo. Las exigencias de la castidad en quienes no han abrazado el celibato por motivos sobrenaturales, pueden resultarles duras, quizá más en el varón; es preciso llevarlos poco a poco a una ascética y vida de piedad que les haga comprender el valor de esta virtud.

#### *d) Intelectuales y no intelectuales*

El intelectual tiene mayor facilidad para aprovechar en su vida interior los aspectos doctrinales más profundos. Generalmente, necesita recibir la doctrina de modo orgánico y articulado; a veces, tiene la tendencia a entender las cosas de un modo más complicado de lo que realmente son y a despreciar los razonamientos fáciles y elementales.

El no intelectual suele ser más directo y sencillo; pero, como contrapartida, puede carecer de flexibilidad; tiende a la rigidez, y conviene tenerlo en cuenta para enseñarle a evitar esfuerzos inútiles.

En la dirección espiritual hay que acomodarse a la mentalidad de cada uno, sin pretender alterarla o cambiarla, siempre que no sea obstáculo para su formación.

#### *e) Personas que ejercen profesiones liberales<sup>29</sup>*

La dimensión moral de toda actividad humana lleva consigo, en el ámbito de las diversas profesiones, normas precisas de deontología profesional, que cualquier persona de bien, y en particular un cristiano, ha de observar siempre con fidelidad y coherencia. Estas normas éticas tienen un carácter esencialmente positivo, pues constituyen un

---

<sup>29</sup> Cf., también, M. SCHLAG, *Aspectos de la dirección espiritual especialmente relacionados con la vida social*, en [www.collationes.org](http://www.collationes.org).

elemento necesario para la buena realización del trabajo mismo y, por tanto, para que pueda convertirse en medio de santificación. Nadie debe ver en ellas un obstáculo para su actividad profesional, como si hubiera una dicotomía entre la ética –que el cristiano puede conocer con especial certeza– y el perfecto ejercicio de la profesión. «Si queréis que vuestra actividad profesional sea coherente con vuestra fe –decía Juan Pablo II a un grupo de empresarios– no os conforméis con que “las cosas marchen”, que sean eficaces, productivas y eficientes»<sup>30</sup>: el valor *humano* del trabajo no consiste sólo en su eficacia técnica (por ejemplo, en el logro de unos beneficios, o en la resolución de unos problemas), ni puede alcanzarse al margen de las normas éticas.

La pérdida del sentido cristiano de la vida está llevando actualmente a muchas personas al olvido y al abandono de esas normas en la actividad profesional, hasta el punto de que se han llegado a generalizar conductas inmorales de muy diverso tipo. Una persona recta no puede dejarse arrastrar por el ambiente y sentirse justificado para obrar del mismo modo, ni siquiera con la excusa de que tiene que defenderse para no quedar relegado o en situación de desventaja en el ejercicio de su profesión. Al contrario, debe mantener una conducta íntegra, de modo que –como enseña el Magisterio de la Iglesia– «adquirida la competencia profesional y la experiencia, que son absolutamente necesarias, respete en la acción temporal la justa jerarquía de valores, con fidelidad a Cristo y a su Evangelio»<sup>31</sup>. Poner en práctica personalmente las normas de deontología profesional, y enseñar a otros a comportarse de la misma manera, en unidad de vida, es un modo concreto y eficaz de contribuir a la cristianización de la sociedad.

Si se quieren practicar las normas de deontología profesional, antes es preciso conocerlas, sin pensar que basta en este ámbito con seguir un vago «sentido común». «La educación de la conciencia moral (...) es una exigencia prioritaria e irrenunciable»<sup>32</sup>. Por otro lado, cuando se afrontan problemas morales de solución dudosa, o en los que el juicio propio puede oscurecerse, existe frecuentemente el deber de pedir consejo, de modo que se pueda actuar con conciencia recta. Conviene recordar que la moralidad de las acciones no siempre coincide con su legalidad o con su no punibilidad por parte de las leyes civiles.

La petición de consejo se hará, como es lógico, a personas con buena preparación moral y competencia en los problemas específicos. En las consultas sobre estas materias se debe tener en cuenta, además, la obligación de guardar estrictamente, por ambas partes, las normas morales acerca del secreto profesional (por ejemplo, el que consulta puede plantear un problema hipotético, semejante al real, si está obligado a no revelar algunos datos; la persona consultada tiene, por su parte, estricta obligación de no revelar a nadie la consulta, sin permiso de quien la haya hecho). Se entiende que el consejo

---

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, *Discurso*, 7 de noviembre de 1982.

<sup>31</sup> CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, 72.

<sup>32</sup> *Familiaris consortio*, 8.

recibido en la dirección espiritual versará solo sobre la valoración moral del problema, y que no excusa de la propia responsabilidad de las acciones decididas.

© ISSRA, 2010

© José Luis Gutiérrez, 2010